

J. RAFAEL REYES R.: *Rectorado del Presbítero Don Joaquín Larrain Gandarillas. 1853-1878*, 10 pp. Animada visión del Seminario bajo este sacerdote, en el cual se echaron las bases del riguroso estudio y sólida formación espiritual que caracterizaría al clero formado en él. Sorprende la renovación pedagógica, influencia europea y temprana cobertura de las disciplinas científicas en el Seminario, así, Geología, Zoología y Botánica desde 1846; trigonometría, álgebra, geometría y cosmografía desde 1854 y sólo dos años después Física experimental, todo ello expresión de la compatibilidad entre ciencia y religión que todavía se respiraba en Chile por entonces.

JULIO JIMÉNEZ B.: *Carta del Cardenal Eugenio Pacelli*, 34 pp. Refiere con claridad el difícil proceso iniciado por el Arzobispado Crescente Errázuriz en 1919 y que vino a implantarse definitivamente después de esta comunicación de 1934, en donde, el futuro Papa Pío XII instruye al episcopado chileno sobre prescindencia política de la Iglesia. El estudio demuestra con solidez y amplitud de miras —relevante pues estas páginas tienen más de treinta años— la resistencia que despertó esta comunicación en Chile, las dificultades con que se tropezaron para su publicación, en especial por parte del partido conservador, expresión política de la jerarquía eclesiástica y que deseaba monopolizar la expresión política de los católicos, aun a riesgo de alejarse de Roma, como en la opinión que justificaba la no publicación de la Encíclica *Quadragesimo Anno* en *El Diario Ilustrado*: "Hay que defender a la Iglesia contra las imprudencias del Papa". En resumen, es un estudio clave para la comprensión de la historia política chilena del decenio 1930.

RAMÓN RAMÍREZ, *Los primeros religiosos dominicos de Chile...* 24 pp., catastro de los sacerdotes de esta orden en Chile durante el siglo XVI, sigue muy de cerca a Thayer Ojeda y a José María Vargas: Misioneros españoles que pasaron a la América en el siglo XVI, Instituto de Historia Eclesiástica de Quito, 1980.

La segunda sección de la revista está dedicada a Documentos, sobresale de entre ellos una Relación de las Misiones de Chile del Padre capuchino Angel Vigilio de Lonigo, de 64 páginas de extensión, describe a los mapuches hacia los años 1849-59, en especial sus costumbres y creencias. Esta parte se completa con un documento del Seminario de Santiago datado de 1795 y la completación de *Los Obispos de Chile, 1561-1978* de Carlos Oviedo C.

Referencia especial merece el Boletín Bibliográfico, confeccionado por Jorge José Falch, que recoge las publicaciones del año 1983 sobre la historia de la Iglesia en Chile, las cuales llegaron ese año a 108 entre libros y artículos.

Sergio Vergara Quiroz

Patricio Gross, Armando de Ramón y Enrique Vial
IMAGEN AMBIENTAL DE SANTIAGO 1880-1930
Ediciones Universidad Católica de Chile
Santiago, 1984.

Los inventos fotográficos del siglo XIX han revolucionado los medios de comunicación originando un nuevo método tecnológico de preservación visual del paisaje social y físico. Los registros fotográficos del medio ambiente, por primera vez, proporcionaron imágenes exactas de la realidad acaecida en un instante de tiempo.

Los historiadores y fotógrafos han comprendido desde el inicio de estos medios visuales la importancia testimonial de la fotografía y han desarrollado diversos métodos para emplearlos en la investigación y en la docencia. Ya en 1857, lady Elizabeth Easlake en Inglaterra y Oliver Wendell Holmes en los Estados Unidos urgieron a los historiadores para que preservaran las fotografías como recuerdos visuales del cambio para las generaciones futuras. En 1880, George E. Francis exponía en el Club de la Cámara de Boston: "ninguna palabra puede adecuadamente traer a

nuestra mente la sucesión de campos, bosques, cursos de agua, tan bien como una serie exacta de fotos tomadas a intervalos cortos y regulares¹.

Un conjunto de fotografías sobre tópicos similares puede aportar información muy valiosa sobre valores culturales, actitudes humanas, formas de estilo y de diseño de cualquier sociedad en épocas y lugares distintos.

Aunque la fotografía es un documento histórico no tradicional, su vigencia tiene ya más de una centuria. Nos informa amplia y detalladamente sobre aspectos que la historiografía sólo hace algunos años se ha preocupado de estudiar. Por ejemplo, en temas sociales como la familia, la mujer, la cultura popular y en otros de historia económica, como el de los transportes, de los caminos, etc., este medio técnico proporciona una cantidad de información que es escasa y muy dispersa en los archivos de testimonios escritos.

Asimismo, la fotografía aporta al historiador de la cultura un caudal muy vasto de imágenes que le permiten detectar momentos, examinar y comparar estilos, registrar cambios, determinar actitudes, observar patrones valorativos y otros múltiples matices en la expresión humana y en los bienes culturales, de diferentes sociedades en épocas y lugares muy diversos.

Precisamente, ha sido en los Estados Unidos de Norteamérica donde esta técnica adquirió un mayor desarrollo y dio origen a una importante actividad industrial. Este fenómeno ha producido correlativamente una abundante literatura en torno a la fotografía; de modo que la bibliografía histórica y artística editada, al respecto, en ese país ya es muy abundante.

Un selecto grupo de historiadores chilenos de estas últimas décadas dedicaron parte de su tiempo y vagage intelectual a la creación de libros y artículos que abordan el tema de la fotografía; es el caso, por ejemplo, de Eugenio Pereira y Alvaro Jara que evidencian en dos trabajos la evolución de estos medios visuales en Chile; el de Leopoldo Castedo que usó profusamente la fotografía para complementar visualmente un libro de síntesis histórica, o las obras de Carlos Peña Otaegui y la que comentamos ahora, que tienen como escenario la ciudad de Santiago. A lo cual hay que agregar algunos álbumes impresos de fotografías biográficas y temáticas de tipo testimonial.

En las dos últimas décadas, por lo demás, se ha extendido en Chile el uso de la fotografía con carácter documental en la prensa periódica, revista, cine y televisión.

El libro que ahora presentamos tiene una gran actualidad, es novedoso por su carácter de trabajo interdisciplinario entre historiadores y arquitectos, y por su objetivo de convertir a la ciudad de Santiago en el testimonio de sí misma.

En la introducción los autores plantean los motivos que dieron origen a su estudio, fundamentan su ámbito temporal, sintetizan el desarrollo histórico de estas técnicas visuales en Chile, precisando que su objetivo central será presentar la evolución de edificios, calles o parques, con el propósito de mostrar la permanencia y el cambio de los ambientes urbanos en una secuencia gráfica. Por tanto, su sentido es realzar la visión del conjunto y no el carácter inédito u original de las imágenes.

La agrupación de las fotografías se hizo por orden temático en cinco capítulos que dan unidad a cada conjunto, siendo acompañadas de ensayos interpretativos sobre la época en diferentes aspectos.

Se inician los temas con "El desarrollo histórico de la trama urbana", presentando los autores cuatro planos que demuestran la gran expansión de la ciudad entre 1875, 1894, 1916 y 1926 y las diferentes políticas edilicias, desde aquella diseñada por Benjamín Vicuña Mackenna con su plan de transformación de la capital, hasta la llegada del Dr. Karl Brunner que tanta influencia tuvo en la conformación de la planta urbana hacia 1930.

El segundo capítulo se refiere a la "Visión de Santiago desde los cerros y el aire", reúne un conjunto de magníficas fotografías que muestran a la ciudad en perspectiva de altura, en una época

¹Datos proporcionados en el interesante artículo de Marsha Peters y Bernard Mergen "Doing the rest": The uses of Photographs in American Studies. *American Quarterly*, vol. xxix, N° 3, 1977. Este trabajo ha sido de gran utilidad para comprender la incidencia de la fotografía en los estudios históricos en general y aporta una selectiva bibliografía sobre el tema.

que coincidía con el desarrollo inicial de los aeroplanos y cuando el ser humano se esforzaba por comprender su propio mundo desde la altura.

Varios subcapítulos nos muestran las sucesivas transformaciones de la Plaza de Armas, de los espacios próximos a la Alameda, a la Plaza Baquedano, a la avenida Providencia, al Parque Forestal, al Teatro Municipal y a la Quinta Normal de Agricultura.

Muy hermosas fotografías de los edificios y de los parques reflejan una ciudad bella, armoniosa, de grandes avenidas aún poco transitadas por la escasez de vehículos. Una ciudad que debe haber sido encantadora para vivir, pasear y admirar. Una ciudad sin polución ambiental, sin smog, sin ruido, plácida y bella que obliga a pensar en cómo la hemos perdido.

El capítulo siguiente se refiere a "La Vivienda" y refleja los palacios de una burguesía acaudalada y desmedida, las viviendas propias del Santiago más tradicional, aquellas construidas para la pujante clase media, las monótonas poblaciones para obreros y los conventillos que agrupaban a las personas más pobres de la ciudad.

Las fotografías más originales e impactantes son las que muestran la situación de las viviendas populares y de quienes las habitan en su miseria y desnudez.

De gran interés es el capítulo sobre la "Higiene Pública", donde se muestra el contraste entre una ciudad que crece y se expande más allá de sus propias posibilidades, y la lentitud e insuficiencia en la instalación de los servicios urbanos. Lo cual acarrea serios problemas para el abastecimiento normal de agua, luz, gas y grandes dificultades para evacuar los desechos.

El libro concluye abordando las redes de transporte existentes en Santiago; reflejan sus imágenes la transformación de los carruajes en la época. Vigente aún los coches tirados por caballos, se entremezclan con los tranvías eléctricos y los ruidosos automóviles que se desparraman por la ciudad hacia 1920.

Los autores de este libro han creado una obra de interés para un vasto público, y sus perspectivas de carácter testimonial se podrán aquilatar aun más, después de las catástrofes ocasionadas en la ciudad por el reciente terremoto del 3 de marzo de este año, que prácticamente destruyó la parte poniente de Santiago. Probablemente en el futuro aparecerán nuevas construcciones en esa área que cambiarán la fisonomía del Santiago decimonónico que era su mejor característica.

En el aspecto formal lamentamos la calidad de la impresión pues un mejor diseño y un óptimo papel hubieran realizado mucho más esta obra.

El libro es un compendio de ese Santiago armónico, bello y a la vez tan pleno de contrastes, expresión de una sociedad y del desenvolvimiento cultural de fines del siglo pasado y principios del actual.

Luz María Méndez Beltrán